

Luis Mariño morreu o 21 de maio de 1999. Desde a súa casa da Calderería e xa nos anos sesenta, foi un axitador da vida cultural e literaria. Dirixiu o departamento de publicacións do Colexio de Arquitectos de Galicia. En Ourense foi libreiro e en Santiago e Vigo editor (“quizais a única vocación clara que tiveren na miña vida”, escribiu). Fixo de Edicións Xerais –que fora fundada por Xulián Maure– a primeira editorial en lingua galega, publicando un rico e amplo catálogo e creando o “Premio Xerais de Novela”. De volta a Santiago, sen deixar nunca o seu activismo cultural, creou dous programas na televisión galega: “Moderato Cantabile”, dedicado á música clásica, e “Etcétera”, dedicado á creación artística.

“La trama de silencio” é o fragmento final de “Alguien te miró desnuda” escrito para 23 letras para un país, e incorporado a La química de las pasiones (ambos publicados por El Correo Gallego). A pesar dos seus máis de dez anos, a tese formulada por Mariño mantén certa vivencia e cuestiona a reverente e dominante contemplación da cultura. Herdanza propia de quen fixo da súa vida un continuo revulsivo cultural.



Luis Mariño (1941-1999).

Luis Mariño murió el 21 de mayo de 1999. Desde su casa de la Calderería y ya en los años sesenta, fue un agitador de la vida cultural y literaria. Dirigió el departamento de publicaciones del Colegio de Arquitectos de Galicia. En Ourense fue librero y en Santiago y Vigo editor (“quizá la única vocación clara que tuve en mi vida”, escribió). Hizo de Edicións Xerais –que había sido fundada por Xulián Maure– la primera editorial en lengua gallega, publicando un rico y amplio catálogo y creando el “Premio Xerais de Novela”. De vuelta a Santiago, sin dejar nunca su activismo cultural, creó dos programas en la televisión gallega: “Moderato Cantabile”, dedicado a la música clásica, y “Etcétera”, dedicado a la creación artística.

“La trama de silencio” es el fragmento final de “Alguien te miró desnuda” escrito para 23 letras para un país, e incorporado a La química de las pasiones (ambos publicados por El Correo Gallego). A pesar de sus más de diez años, la tesis formulada por Mariño mantiene cierta vivencia y cuestiona la reverente y dominante contemplación de la cultura. Herencia propia de quien hizo de su vida un continuo revulsivo cultural.

A trama do silencio

del silencio

Luis MARIÑO

Cando as culturas están ameazadas é preceptivo que se repreguen sobre si mesmas, que se atrincheren, que se doten de defensa, que inicien un proceso de rearme que en ocasións pode ser incluso draconiano. As circunstancias da ameaza adoitan ser de moi distinta índole, desde a presenza prepotente doutras culturas que tratan de xugulala por razóns case sempre políticas ás que subxace o sacrosanto concepto de unidade, ata ás crises que seguen a períodos de asalto á razón nos que os valores do *logos* foron suplantados pola parafernalia do *mitos*.

É preceptivo tamén que destas tarefas se ocupen, en principio, minorías concienciadas capaces de trasladar esta conciencia a capas máis amplas do tecido social. Tal sucedeu en Galicia nos anos 50 ou, no outro caso, a resistencia librouse

Cuando las culturas están amenazadas es preceptivo que se replieguen sobre sí mismas, que se atrincheren, que se doten de defensa, que inicien un proceso de rearme que en ocasiones puede ser incluso draconiano. Las circunstancias de la amenaza suelen ser de muy distinta índole, desde la presencia prepotente de otras culturas que tratan de yugularla por razones casi siempre políticas a las que subyace el sacrosanto concepto de unidad, hasta las crisis que siguen a períodos de asalto a la razón en los que los valores del *logos* fueron suplantados por la parafernalia del *mitos*.

Es preceptivo también que de estas tareas se ocupen, en principio, minorías concienciadas capaces de trasladar esta conciencia a capas más amplias de tejido social. Tal sucedió en Galicia en los años 50 o, en el otro caso, la resistencia se libró en va-

en varias frentes e a lingua foi a súa pedra angular. Utilizar o noso idioma, reconstruílo, normalizalo e dotalo de carta de natureza foi o longo camiño de espiñas desta segunda metade de século. E para isto, quírase ou non, guste ou non, foi necesaria a institución do mandarinzgo cultural nos albores. Mandarinzgo férreo, case draconiano, como dicía ao principio, ata que chegara o momento no que un Solón fose suavizado e unha xeración de novos Pericles democratizada. Pero non foi así. En Francia –volvo ao suposto de reconstrución do *logos*– non só houbo mandaríns, senón que unha moi amiga deles, Simone de Beauvoire, describiunos e espiunos nunha novela que leva ese título. Tiveron o seu momento, o seu mo-

rios frentes y la lengua fue su piedra angular. Utilizar nuestro idioma, reconstruirlo, normalizarlo y dotarlo de carta de naturaleza fue el largo camino de espinas de esta segunda mitad de siglo. Y para esto, quírase o no, guste o no, fue necesaria la institución del mandarinzgo cultural en los albores. Mandarinzgo férreo, casi draconiano, como decía al principio, hasta que llegara el momento en el que un Solón fuera suavizado y una generación de jóvenes Pericles democratizada. Pero no fue así. En Francia –vuelvo al supuesto de reconstrucción del *logos*– no sólo hubo mandarines sino que una muy amiga de ellos, Simone de Beauvoire, los describió y los desnudó en una novela que lleva ese título. Tuvieron su momento, su momento más

Reo de su vida

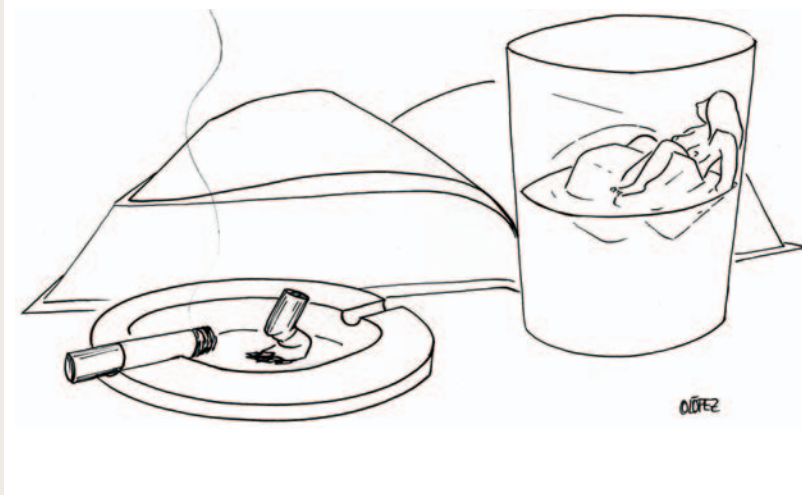
José Luis ALVITE

T rasnochador empedernido, me cuesta creer que en el Hospital Clínico de Compostela fuesen capaces de convencerle para que no esperase a la muerte levantado. Sus últimos años de vida fueron un constante derroche de cultura, de inteligencia y, sobre todo, de fluorescente nocturnidad sin tregua. Una madrugada me enseñó en “Rahid” la filmina con la biopsia de su garganta minada por el cáncer, pero ni se puso solemne, ni mucho menos, trágico. Luis Mariño colocó aquel celuloide al trasluz de una tulipa y le echó un vistazo con el mismo relativo interés que habría puesto en la contemplación de una postal de las minas de Hunosa hecha por un voluntarioso galerista de Comisiones Obreras. Estaba enfermo de muerte y lo sabía, pero para Luis Mariño la espeluznante y dudosa luminosidad de aquella biopsia no parecía ser sino una simple variante “snob” y evolutiva del Expresionismo Alemán. Es más, yo creo que tenía desde muy antiguo una íntima relación con su propio cadáver y que llevaba conscientemente una vida de riesgo que más que intimidarle, parecía causar en él un extraño placer anticipativo. Su personalidad le había hecho reo de su vida y no estaba dispuesto a que alguien le privase de ser responsable también de su muerte. ¿Un suicida? No lo creo, a pesar de su reconocida admiración por los personajes autodestructivos. En un bellissimo recordatorio de una interminable tarde de copas en el piso compostelano de Luis, el retrato que le hace Manuel Guede reproduce una frase en la que Mariño recurre al valor trascendente del suicidio para lamentar que “A cultura galega, por non ter, nin ten suicidas competentes”. Admiraba el suicidio como supremo acto intelectual, pero no era un suicida. Que no le hubiese puesto remedio a su progresivo deterioro físico cabría atribuirlo más bien a que había tomado la firme decisión de practicarse a sí mismo, casi como un capricho culinario, el lento protocolo de la eutanasia pasiva. Hasta podría decirse que quien más se resentía con las copas que tomaba Luis Mariño, no era precisamente su hígado, sino sus amistades, que fueron escaseando vergonzosamente a medida que se esfumó su influencia editorial y la dirección de Edicións Xerais ya sólo era una romántica doblez como de luto

en su tarjeta de visita y un vago recuerdo bibliográfico de sus últimos días de esplendor social. Compartir sus intimidades existenciales y muchas noches de música, alcohol y mujeres en su piso de la Rúa Calderería durante los últimos cinco años de su vida, me sirvió para comprender que Luis Mariño estaba decidido a poner en su muerte la misma errática tenacidad que había puesto en su vida, pero sin precipitar los acontecimientos, con la proverbial flema de aquellos modales de aquellos modales tan cosmopolitas en los que se daban juntos el dandi francés y el humor inglés. Desconozco cuales eran exactamente sus planes al respecto e ignoro el lugar que ocupaba su cadáver en su agenda, pero juraría que la misma lucidez con la que debatía sobre cualquier tema la tenía Luis para comprender que al comienzo de nuestra tardía amistad le mirase de madrugada con una mezcla de admiración, estupor y zozobra, como se miraría a un hombre físicamente arruinado en quien fuese a resultar sorprendente que la muerte le encontrase con vida. Pero también pensé que aquel compostelano de biografía irregular y reacciones imprevisibles iba a ser una presa difícil, y hasta podría ocurrir que, por culpa de llevar tanto tiempo siguiéndole a deshora, incluso la muerte se quedase dormida antes que él. Y aun en el supuesto de que la muerte le diese alcance, no cabía descartar que Luis Mariño la invitase sinceramente a una velada en su casa, no para facilitarle el trabajo, desde luego, sino para que escuchase, como la recuerda haber escuchado Manuel Guede, la voz de Richard Burton recitando Macbeth... y también porque, aun tratándose de la muerte, Luis Mariño no perdería ocasión de hacerle notar lo mucho que le gustaba recibir en casa a las señoras...



Luis Mariño y yo sólo teníamos en común ser tan desiguales. Eran distintas nuestra formación cultural y las compañías que solíamos frecuentar, su exquisito dandismo y mi sórdida manera de vivir, la facilidad que él tenía para rodearse de chicas cultas y lo bien que a mí se me daban aquellas fermentadas fulanas de los burdeles de las que a menu-



do sólo recordaba que se hubiesen dormido sentadas en pelotas sobre el sudor parmesano de mi rostro. Mientras Luis se había procurado una vasta erudición enciclopédica, yo me había limitado a escoger mis influencias vitales sin otro requisito intelectual que tener cierta garantía de no pillar ladillas. Él se perfumaba para las chicas a las que seducía; yo, en cambio, olía al mismo pescado uterino que las fulanas que me vendían su compañía y a veces me fingían con emocionante franqueza su afecto. No me importa reconocer que cuando di con él, Luis Mariño venía de fracasar por todo lo alto entre los exquisitos de la cultura y yo no había hecho otra cosa que tocar techo tendido boca abajo en la puta quilla del lodo. Fue como si en la evacuación de un hotel en llamas, el cliente más selecto y el mozo de carga se hubiesen encontrado disputándose la escalera de incendios. Todavía ahora me pregunto cómo pudo ser que cuajase nuestra amistad. A lo mejor es que la vida nos había convertido en dos ratas cuya única posibilidad de sobrevivir fuese sacar las manos y agarrarse al mismo queso envenenado. Él, trasnochaba; yo, también. No parecía mucho, pero, dadas las circunstancias, fue suficiente con eso. A veces nos caíamos de sueño, es cierto, ¿cómo negarlo?, pero vivíamos tan al límite de nuestras fuerzas, maldita sea, que evitábamos ir a cama por temor a que la muerte nos diese mal dormir. Puede que ni él ni yo no fuésemos hombres felices, pero me consta que ni siquiera el aburrimiento nos dejaba tiempo libre para pensar en ello tanto que pudiésemos correr el riesgo de resolverlo. Nos gustaban con locura las mujeres, incluso las que daban la impresión de mear de pie, pero nos relacionábamos con ellas con cierta dificultad, en su caso, porque ponía en conseguir su amor la misma pasión que iba a emplear al poco rato en perderlo, y en el mío, porque las cosas hermosas que tenía que decirle a una mujer para retenerla a mi lado, siempre se me ocurrían con motivo de haberla perdido. Aquello sí que era algo que Luis y yo teníamos en común: que contábamos por fracasos cada uno de nuestros éxitos. Nunca le pusimos remedio. La verdad es que tampoco nos preocupaba mucho ponérselo. Nuestra manera de entender la felicidad estaba a medio camino entre la angustiada necesidad de disfrutar y el inquietante temor de conseguirlo. Cada vez que acompañaba de madrugada a Luis a su piso y le rendía el cansancio, no era necesario que me dijese nada sobre cómo tenía que

comportarme. Ambos sabíamos que el que quedase despierto de los dos, se limitaría a velar por el simple descanso del otro, así, sin más, si acaso, haciendo lo justo para ahuyentarlo la muerte sin espantarlo el sueño. Luis ocupaba muy poco espacio en cama. Estaba demasiado delgado y la colcha parecía un sargazo enganchado en un arrecife

de amianto. Si no fuese porque lo tuneaban los gestos y la ropa, sería invisible. Una madrugada me quedé mirándole y me pareció un muñeco al que le hubiese vaciado las vísceras la mano de su ventrílocuo. Al caer sobre su rostro, incluso la luz de la lámpara del techo le sentaba a la marroquinería de sus facciones como si fuese la garra amarilla de una luz de rapiña. Yo me sentaba a los pies de la cama y escuchaba llegar desde el salón el sublime fraseo tenor de Giuseppe Di Stéfano, la agridulce y desencantada dicción de Sinatra o el violonchelo de Jacqueline Du Pré, que sonaba deshuesado y sutil como una bisagra de vidrio con los goznes de agua. En invierno se escuchaban a veces calle abajo los pasos de un hombre tarareando en sueños con los pies el epitafio de sus pisadas. Una de aquellas noches Luis Mariño se despertó, miró a la chica que llevaba unos días viviendo con él y le dijo que se largase ya y que si podía salir por la fachada, mejor que no perdiese el tiempo intentándolo por las escaleras. Ella rompió a llorar y con el estribillo de su llanto concilió otra vez el sueño el cadáver mal enterrado de Luis Mariño. Entonces aquella chica sorbió juntos los mocos y los sollozos, echó dos bolsas vacías en otra bolsa también vacía y salimos juntos a la calle. Vimos amanecer en mi coche, acurrucados en un abrazo ceñido y caliente como un bolsillo. Como de costumbre, Luis Mariño resucitó al poco tiempo, se hizo el nudo de la corbata como si fuese un autógrafo y salió a la calle por la puerta de aquella bendita casa de la rúa Calderería a la que él y yo tantas noches habíamos entrado con la inefable sensación de colarnos en la “boite” del cementerio pasando por entre los muslos de una mujer a la que el hinchado torrezno del clítoris le impidiese juntar las piernas. Después cada uno hacía su trabajo. Nos reencontrábamos por la noche en “Rahid”. Él, erudito, calmado y elegante; yo, recién desenterrado. Decidíamos luego telefonar a Susana... Susana Pose, el hada fiel, descreída y solidaria que teníamos en santa comandita, la única mujer, ¿cierto, Luis, colega?, la única mujer, sí, y acaso también el único motivo por el que te habría valido la pena sobrevivir en Compostela, aún a pesar de que la calle que te merecías se la dedicaron a cualquiera, y tu nombre, ¡Oh, Dios!, tu nombre, ¡menos mal!, tu nombre fue una suerte que esos mal nacidos no se lo pusiesen de tapadillo al cadáver de otro hombre. G

José Luis Alvite es periodista y escritor.

mento máis que estelar que xa está en a historia do noso século XX, e foron substituídos, cando as circunstancias variaron sensiblemente, por outros de novo cuño, de talante distinto. E, esas cousas de literatura, pasados os anos, xa nos 90, outra muller, Julia Kristeva, amiga e cómplice do colectivo de reposto, describe á xeración que comeza a súa andaina en 68, tal vez parafraseando á Beauvoire noutra novela que non casualmente se chama “Os samurais”. Agora, en Francia, afortunadamente xa non son necesarios nin os uns nin os outros: hai pluralismos culturais, festas e festíns da cultura á que nos acostumou Jack Lang.

A evolución en Galicia non foi así. O delfinazgo fixo estragos e o peor foi a coexistencia enloadora de dúas ou máis xeracións. Ao final, a substitución física non supuxo no plano intelectual outra cousa que envidiado epigonismo, ata no dra-

que estelar que ya está en la historia de nuestro siglo xx, y fueron sustituidos, cuando las circunstancias variaron sensiblemente, por otros de nuevo cuño, de talante distinto. Y, esas cosas de literatura, pasados los años, ya en los 90, otra mujer, Julia Kristeva, amiga y cómplice del colectivo de repuesto, describe a la generación que comienza su andadura en el 68, tal vez parafraseando a la Beauvoire en otra novela que no casualmente se llama “Los samurais”. Ahora, en Francia, afortunadamente ya no son necesarios ni los unos ni los otros: hay pluralismos culturales, fiestas y festines de la cultura a la que nos acostumbró Jack Lang.

La evolución en Galicia no fue así. El delfinazgo hizo estragos y lo peor fue la coexistencia enloadora de dos o más generaciones. Al final, la sustitución física no supuso en el plano intelectual otra cosa que envidiado epigonismo, hasta en el draconismo,


Con Luis Mariño en Gres

Xosé NEIRA VILAS

Víamonos cada vez que Anisia e máis eu viñamos a Galicia, dende a Habana, ó longo dos anos setenta e oitenta. Pero eran encontros fugaces, ocasionais, nalgún acto cultural, algunha entrevista, e pouco máis. A partir de 1982 coincidiamos con certa frecuencia no Instituto Galego de Información, onde nós morábamus con Isaac Díaz Pardo. As nosas conversas enfiaban por moi variados rumbos, porque Luis era posuidor dunha sólida cultura. Nada lle resultaba alleo nin distante. E tratándose de Galicia facía valoracións moi lúcidas, e por veces críticas, sobre feitos e persoas. Sen rancores, nin envexas e sen o menor asomo de mesquindade. Só quería que as cousas se fixesen e que saísen ben. Decía que o importante era rachar para diante, pois todo se iría endereitando.

Nunca falaba de si, a menos que lle preguntasen. Estaba satisfeito da súa etapa ó fronte de Edicións Xerais, e comentaba que por primeira vez fora anunciado na radio e na televisión un libro galego. Referíase ó Dicionario da Lingua.

Con todo, a miña relación con este home singular seguía sendo esporádica. Ata que se publicou a edición en galego da novela “O camiño de Santiago” de Carpentier —á que xa me teño referido nunha crónica anterior—. Chamoume a Gres e apareceu aquí con cámaras e demais trebellos televisivos. Tivemos unha longa conversa filmada arredor deste relato, e vin logo que coñecía ben a obra carpenteriana. Lera “El siglo de la luces”, “El recurso del método” e estaba a voltas con “La consagración de la primavera”. Extendémonos sobre outros autores latinoamericanos contemporáneos e falou das fabulacións de Arreola e de Monterroso; da fantasía e do humor porteños de Cortázar; dos pasaxes da revolución mexicana na obra de Carlos Fuentes; da prosa núa e precisa de Juan Rulfo; do mundo caribeño e o realismo máxico de García Márquez. E inda seguimos con Bryce Echenique, Antonio Skármeta, Isabel Allende...

Era admirable o seu coñecemento da mellor literatura da outra ourela do océano. Aquel encontro, aquelas horas de conversa permitíronme calibrar a valía humana e intelectual deste santiagués que sabía de case todo e non presumía de nada. 

Xosé Neira Vilas é escritor.



Humor e acidez

A. ADAXE

Foi unha sorpresa para todos. Da man de Xulián Maure, que o contratara para Xerais, Luis Mariño sentouse con aire dócil no seu primeiro comité editorial do Grupo Anaya. Un comité no que aquel galego elegante e feble acabaría facendo increíbles demostracións da súa musculatura cultural. Aquela mansedume inicial pronto deixou paso á erudición e á independencia de criterio. Espontáneo, nada académico, claro e certo; chispa e reflexión; humor e acidez.

O presidente do grupo non era un gran lector e o destino das propostas que os editores levaban ao comité dependía máis da fortuna ou dos resultados económicos presentados que do seu valor literario.

Ata que chegou Luis. As súas visitas a Madrid foron frecuentes. O empresario soubo valorar o achado e sometía ao seu derradeiro criterio a decisión última. Os editores máis sibilinos intentaban gañarse a súa aprobación antes das reunións. Os máis arriscaban todo ao seu improvisado ditame. El debía opinar, pero non lle daban a oportunidade de preparar o verbal informe. Debía improvisar, e facíao maxistralmente. Desde o comezo da presentación dunha proposta, os editores dirixíanlle escrutadoras miradas en busca de signos de aprobación.

Ao fin, Germán pedía a súa opinión. E Luis falaba. Como o profesor Nabokov da súa recordada *Lo-li-ta*, a súa lingua punteaba unha análise precisa e rigorosa que gañou o respecto de todos.

Cando chegou a Xerais, só se publicaban textos escolares e el converteuna en principal editorial en lingua galega.

Na capital adoitaba preferir a casa á soidade do hotel. Conviviamos tamén cando acudiamos a feiras ou a presentacións noutras cidades. En Frankfurt repetíase cada ano a mesma escena habitual do Comité Editorial de Madrid pero, nestas ocasións, coa cerimonia do gran encontro anual de editores de todo o mundo.

Escudriñaba a feira e levaba ao comité os seus achados. Non faltaba, coma sempre, un espazo para o humor. Como naquela ocasión na que, en largo discurso, censurou o improvisado dalgunhas novidades, sen rigor editorial, sen tempo para as correccións e os contrastes. Como proba puxo unha obra sobre sexualidade, cuxa crítica —erudita, como non— provocou a hilaridade dos asistentes. Fin xocoso a unha reunión larga e aburrida que cerraba un cansado día de feira.

Paseos polas cidades, copas e música, moita música. Piaf, Brel ou os clásicos para acompañar interminables conversacións cheas

de enxeño. Formalidades e informalidades. Luis *botando as nasas* ou interrompendo conversacións convencionalmente aburridas; “Luis, xogas ao golf?”. “Non, Alberto, eu aínda fodo”.

Das súas mans chegou ás miñas Saramago, *Memorial do convento*, editado por Caminho. Un ano máis tarde foi *O ano da morte de Ricardo Reis*. Despois, un tempo despois, Seix Barral introduciuno en España. Unha vez máis, trouxera a miña vida feitos e cousas que farán perdurar a súa presenza.

Navegamos xuntos varias veces.

O seu fillo Marcos, no interior, devoraba a larga lista de deberes literarios con fruición, sen importarlle a escora nin a paisaxe. Luis ilustraba a travesía e cociñaba para os tres. Foron momentos inesquecibles.

Aqueles que non o coñeceron, ou aqueles que creron telo coñecido por catalogar as súas evidentes e humanas imperfeccións, teñen que crerme cando digo que coñecer a Luis da sentido a unha existencia. Non esaxero. O que deixou escrito non alcanza para reconstruír a súa figura, é certo, pero axuda a recordala, que non é pouco.

G

A. Adaxe é editor



conismo, que se endureceu cuantitativamente aínda que edulcorado por cartas magnas políticamente correctas. É certo que o draconismo dos anos escuros, o dos mandaríns, foi, as máis das veces, eticamente repugnante (alguén aínda non se atreveu a publicar o anunciado segundo volume do seu libro) e non tanto polas súas propostas culturais e a súa rixidez, senón polas condenas ás que eran sometidos todos aqueles que ousaban “mirar” á súa cultura núa. A outra mirada, a do mandarín, e supostamente dirixida ao futuro, mataba ou mutilaba máis su-

que se endureció cuantitativamente aunque edulcorado por cartas magnas políticamente correctas. Es cierto que el draconismo de los años oscuros, el de los mandarines, fue, las más de las veces, éticamente repugnante (alguien aún no se atrevió a publicar el anunciado segundo volumen de su libro) y no tanto por sus planteamientos culturales y su rigidez, sino por las condenas a que eran sometidos todos aquellos que osaban “mirar” a su cultura desnuda. La otra mirada, la del mandarín, y supuestamente dirigida al futuro, mataba o mutilaba más sutilmente, o más expedi-

tilmente, ou máis expeditivamente. O mandarín e o seu mudo consello non perdían tempo lapidando con lentitude, pedra a pedra ao disidente, ao maldito –comunista, homosexual ou proclive ao españolismo– se lle deslizaba enriba a fría e pulida lousa do silencio. A algúns se lles concedeu o perdón por domesticados, por ter aprendido a trepar ou reptar. Ata son académicos e catedráticos de Universidade cando antes, comunistas, eran xocosamente propostos para que se lles conce-

tivamente. El mandarín y su mudo consejo no perdían tiempo lapidando con lentitud, piedra a piedra al disidente, al maldito –comunista, homosexual o proclive al españolismo– se le deslizaba encima la fría y pulida losa del silencio. A algunos se les concedió el perdón por domesticados, por haber aprendido a trepar o reptar. Hasta son académicos y catedráticos de Universidad cuando antes, comunistas, eran jocosamente propuestos para que se les concediera el “sacho de escribir de oro”. A otros les perdo-

Ese vento que encheu a vida

Alfredo CONDE

MORREU Oadg, morreu O Amo do Gato, Karla quedou só, e eu sabía hai tempo que escribiría este artigo, así, tan mortuoriamente comezado. Morreu Luís Mariño. Atrás quedan longas conversas, complicidades literarias de última hora, faladoiros con Oqoum, Ocre, Acgos e mesmo Aqma, malia a alerxia que a esta lle produciron sempre os ácaros que Karla non deixou de acochar nunca na morneza lubrica do seu pelexo de felino doméstico, de gato intelectualizado.

Sabía eu que escribiría este artigo e medio tiñamos acordado Oadg e mais eu os termos nos que o faría, desvelando uns nones, Orqtop, Aqcos; Oqse, Ordix, Oddl, Oqv-boc... e ocultando tantos outros prós que houbo que escribir unha guía que evitase o que nós mesmos perderíamos na identificación e tamén no recordo das andrómenas. Teño diante esa nómina, non sei se por vez derradeira, pois o pensar en esnaquizala prodúceme cerco proído que non nego; quizais acabe por face-loeu, antes de queo faga o tempo, ese canalla miserable.

Aqcos, por exemplo, era A Que Cociñaba O Sargo pra que Luís o esmiazara, máis que o comera; Aqcos era Susana Pose que, segundo Luís, eran tan inxenua que non sabía que Luís se nos morría, Aqcos, que o atendeu con dedicación e mimo inalterables. Ocre era O Calado Rapaz Aaturiano. E así. Fáganse unha. idea aqueles que sintan curiosidade, porque nin eu mesmo hei recordar os máis dos pseudónimos alá á volta duns poucos días, unha vez que rompa o rol destes navegantes solitarios.

Morreu Oadg. Aquel medio acordo que tiñamos non vai ser posible. ¿Que máis dará saber agora os nomes dos amigos polos que esperou ó longo da súa doenza, sen atrever a pensar que non aparecerían nunca a visitalo? ¿Que máis darán os autores das cartas

que el atesouraba dende hai trinta ou vinte anos, ou os dos que Oadg sabía que só aparecerían no seu enterro “pra saudar”? Morreu Oadg e Karla é unha herdanza non apta pra asmáticos, mesmo nin pra osmóticos que pretendan osmar nos arcanos das palabras, ditas coa voz rota do Luís, que xa se foron. As derradeiras, coido, foron aquelas coas que el paseou sempre polo vida. “¿Que pasa?”,

dixo. E deixou de facer preguntas. Logo levámolo a Boisaca. E eu sabía que empezaría a escribir dicindo que Morreu Oadg, pra continuar logo a lle dar voltas a esa idea, sen desenvolver ningunha outra. Ningunha outra.

Hoxe é luns. Contra a tardiña Oqoum, Ocre, tamén Aqcos, Aqma ás veces, eu non sempre, nos achegariamos ata a Caldeirería e subiríamos a aquel segundo piso que sempre estivo aberto, que eu recorde por máis de trinta anos, pra que os amigos do amo de Karla, antes de Flash, antes de... nos abriamos ó mundo e ás palabras, á arte

das cores conxuntadas e os silencios musicais, ó arrecendo das páxinas dun libro acabado de saír do prelo, ou dono xa da humidade que o tempo sempre acaba por apousar neles.

Hoxe é luns e xa non iremos alá, xa non iremos máis, nin os luns, nin calquera outro día, pra que nos abrisen tantas cousas, que mellor ha ser xa sepulta-la memoria enteira daquela estancia ensombrecida e quedarmos só coa sensación plena do aire libre que nela se respirou sempre. Pecha-la casa e a memoria dela e quedar co aire, só co aire, tantas veces ventolán, que encheu a casa e maila vida de Luís Mariño, ese recordo entrañable e fero. G



El Correo Gallego, 27 de mayo de 1999 | Alfredo Conde é escritor.

dera o “sacho de escribir de ouro”. A outros lles perdoaron xugo, frechas e rosas por imperativo da incuestionable calidade literaria da súa obra; a outros, en fin, pola súa anunciada carreira cara o Nobel.

E o peor é que os cachorros daquelas camadas, os de agora, sen ter crecido “téñense crecido”. Profesores e lingüistas novos subvencionados por centos de organismos institucionais ou en desesperada e indecorosa busca de prebendas e sinecuras que lles solucionen os percebes máis que a pitanza, practican o máis feroz dos odios cara o español querendo ignorar que cada vez que se ataca a unha lingua se está asesinando a propia.

O soñador de palabras do que nos fala Gaston Bachelard goza en cada ensoñación das súas resonancias, coas súas ocultas latencias. É unha mágoa que o home que me ensinou a amar o idioma, o galego, ensinárame tamén a traizoar ao meu país, coa súa soberbia disfrazada de falsa humildade, sobre min perdónollo, alomenos estou fóra da súa herdanza de fondos reservados e para réptiles.

Estannos facendo moi mal os herdeiros do mestre canteiro, ou do lapidario. A súa ¿defensa? da lingua máis fermosa do mundo –depredada hoxe con rixideces e fundamentalismos fascistoides– debería ter en conta o festín que se está facendo co español: “El Quijote” convertido en finisecular best-seller, unha política de *marketing* positivo que che fai “agardar e desexar” a segunda edición dun diccionario, a anunciada posta ao día e conseguinte edición da Ortografía da RAE, a serie televisiva de Canal Satélite de viaxes aos berces da lingua, libros sobre o uso da lingua como o de Lázaro Carreter ou o moi recente “Defensa apasionada del idioma español”, de Álex Grijelmo, etc.

Pero exercer o poder sen talento, sen a imaxinación que están poñendo outros para que o *homo ludens* o sexa tamén a través do pracer da palabra, é a tentación dos nostálgicos do lapidario e do silencio. Cando falabamos dos seus malditos –o comunista, o homosexual...– faltábanos o alcohólico e o tolo, quizais os seus preferidos á hora de organizar a súa ladina microfísica do poder. O nome é coñecido por todos e a data 1977, tal vez o caso máis sangrante de condena para alguén que se atreveu coa nudez e a manifestou case ostentosamente. Din que a lousa mesmo levaba litio e non sei se algunha outra lindeza de Mendeleiev. Era o monólogo da razón, da “súa” razón –volvemos a Foucault– sobre o silencio da loucura, a linguaxe da psiquiatría impune ante o mutismo do alienado: “Non me propuxen facer a historia daquela linguaxe, senón a arqueoloxía daquel silencio”.

Sí. Estes cuarenta anos de cultura galega, desrealizada por mal pregoada, por ter fomentado odios e especialmente desamores, é tamén a historia das vítimas de Diana, de Atenea, de Susana. Non había que destrozar o efebo, nin encegar ao neno, nin lapidar aos anciáns.

O que non saben os sacerdotiños da diocesiña é que algúns, a estas alturas, somos quen de vela, mirala, espila e ata violala... por iso de que matar virxes acarrea castigos milenarios.

Será a de Carlos Alcolea?



naron yugo, flechas y rosas por imperativo de la incuestionable calidade literaria de su obra; a otros, en fin, por su anunciada carrera hacia el Nobel.

Y lo peor es que los cachorros de aquellas camadas, los de ahora, sin haber crecido “se han crecido”. Jóvenes profesores y lingüistas subvencionados por cientos de organismos institucionales o en desesperada e indecorosa búsqueda de prebendas y sinecuras que les solucionen los percebes más que la pitanza, practican el más feroz de los odios hacia el español queriendo ignorar que cada vez que se ataca a una lengua se está asesinando a la propia.

El soñador de palabras del que nos habla Gaston Bachelard goza en cada ensoñación de sus resonancias, con sus ocultas latencias. Es una lástima que el hombre que me enseñó a amar el idioma, el gallego, me haya enseñado también a traicionar a mi país, con su soberbia disfrazada de falsa humildad, sobre mí se lo perdono, al menos estoy fuera de su herencia de fondos reservados y para reptiles.

Lo están haciendo muy mal los herederos del maestro cantero, o del lapidario. Su ¿defensa? de la lengua más hermosa del mundo –depredada hoy con rigideces y fundamentalismos fascistoides– debería tener en cuenta el festín que se está haciendo con el español: “El Quijote” convertido en finisecular best-seller, una política de *marketing* positivo que te hace «esperar y desear» la segunda edición de un diccionario, la anunciada puesta al día y conseguinte edición de la Ortografía de la RAE, la serie televisiva de Canal Satélite de viajes a las cunas de la lengua, libros sobre el uso de la lengua como el de Lázaro Carreter o el muy reciente “Defensa apasionada del idioma español”, de Álex Grijelmo, etc.

Pero ejercer el poder sin talento, sin la imaginación que están poniendo otros para que el *homo ludens* lo sea también a través del placer de la palabra, es la tentación de los nostálgicos del lapidario y del silencio. Cuando hablábamos de sus malditos –el comunista, el homosexual...– nos faltaban el alcohólico y el loco, quizás sus preferidos a la hora de organizar su ladina microfísica del poder. El nombre es conocido por todos y la fecha 1977, tal vez el caso más sangrante de condena para alguien que se atrevió con la desnudez y la manifestó casi ostentosamente. Dicen que la losa incluso llevaba litio y no sé si alguna otra lindeza de Mendeleiev. Era el monólogo de la razón, de “su” razón –volvemos a Foucault– sobre el silencio de la locura, el lenguaje de la psiquiatría impune ante el mutismo del alienado: “No me he propuesto hacer la historia de aquel lenguaje, sino la arqueología de aquel silencio”.

Sí. Estos cuarenta años de cultura gallega, desrealizada por mal pregonada, por haber fomentado odios y especialmente desamores, es también la historia de las víctimas de Diana, de Atenea, de Susana. No había que destrozar el efebo, ni enceguecer al niño, ni lapidar a los ancianos.

Lo que no saben los sacerdotillos de la diocesiña es que algunos, a estas alturas, somos capaces de verla, mirarla, desnudarla y hasta violarla... por eso de que matar vírgenes acarrea castigos milenarios.

¿Será la de Carlos Alcolea?





Al sur del mundo

Los ingleses intentan buscar un paso interior por el sur del continente americano. La narración, versión castellana de “Alén da desventura”, Premio Blanco Amor de narración larga, cuenta una historia triple “trenzada con pasión de artesano y con oficio de narrador” (Xavier Queipo).

Xavier Alcalá
354 páginas.
20€



Las aventuras del capitán Duchesnoy

Una expedición científica parte de Brest con el fin de descubrir el ansiado Paso del Noroeste vía marítima, que ha de unir los océanos Atlántico y Pacífico por el Hemisferio norte. En un relato de aventuras marítimas el autor confronta las ideas de la Ilustración con las ideas de la Monarquía Absoluta.

Xavier Queipo
244 págs.
19€



La muerte de Valle-Inclán El último esperpento

En marzo de 1935, Don Ramón María del Valle-Inclán se retiró a su Galicia natal con la esperanza de un milagro para su maltrecha salud. Durante nueve meses vivió una progresiva desesperanza, que desembocó en la muerte el 5 de enero de 1936. Dos Españas se estremecían incapaces de evitar su sangrienta confrontación y una Guerra Civil se perfilaba en el horizonte. Valle-Inclán agonizó y murió con la serenidad altiva y la entereza inquebrantable del escritor habituado a lidiar con la adversidad. En

aquel contexto histórico prebélico, su muerte en Santiago de Compostela se convirtió, sin él quererlo, en uno de sus propios esperpentos. En el último.

Carlos G. Reigosa
Javier del Valle-Inclán
José Monleón

PVP: 15

O t r o s a u t o r e s :



José Luis Alvite
Historias del Savoy
Almas del nueve largo
Áspero y sentimental



Quintino López Mourelle
Pimienta negra
Confines



Xavier Alcalá
Entre fronteras
En las catacumbas



Luís Fernando Verissimo
Las mentiras que los hombres cuentan
Sexo en la cabeza
Borges y los orangutanes eternos